EL ESTUDIO de Schiller.

Ginnevra D.

Image not found.

Capítulo 1

EL ESTUDIO de Schiller.

En el estudio de Schiller, me senté una mañana en su escritorio, y con tinta bañada en un tintero de Goethe, tomé notas frenológicas sobre un molde de la cabeza de Schiller. ¡Había un asiento y una ocupación! Pero nada es completo en este mundo suelto y fragmentario. ¿Por qué no había molde del cráneo del famoso amigo de Schiller? Porque los hombres están tan rezagados detrás de la verdad. El descubrimiento trascendental y brillante de la fisiología del cerebro fue promulgado a principios de este siglo [XIX], y en primer lugar en Alemania, por su gran descubridor, Gall. Y, aún así, aunque tan fácilmente verificado, sigue sin ser reconocido por hombres científicos en el continente de Europa. En Inglaterra más libre y en la América más libre aun, su verdad ha sido forzada sobre el científico en gran medida por la perseverancia ilustrada de los laicos. Goethe, cuya simpatía con el espíritu y los procesos de la Naturaleza fue la fuente de su sabiduría, se reunió con Gall, quien, en una gira por Alemania, estaba exponiendo su descubrimiento recién hecho, lo recibió de inmediato en su mente, con esa gran hospitalidad que siempre extendió a los recién llegados de los reinos de la naturaleza. Lástima que no haya cultivado la amistad en la intimidad. Su nombre habría sido un pasaporte a esta verdad fructífera, y de este modo se hubiera apresurado a medio siglo el ser aceptado por sus compatriotas. En ese caso, además, sus amigos y ejecutores, conociendo el valor científico de un facsímil de su cabeza noble, deberíamos haber tenido el suyo al lado de Schiller, para compararlos y contrastarlos.

El cerebro de Schiller, por su gran tamaño y conformación general, denota energía poco común, gran fuerza y calidez de carácter, e impulso mental irresistible. En su organización había una rica mezcla de poderes. Lo que emprendía lo hacía con un celo que reunía toda su naturaleza a su servicio, con un volumen de ímpetu que lo impulsaba hacia adelante con velocidad ardiente, y con la resolución de que ningún obstáculo podía quedar en pie. Sus empresas eran altas, sus aspiraciones nobles. ¡Adelante, adelante, arriba, arriba! podría haber sido su lema. A pesar de este gran entusiasmo, esta actividad impaciente, no emprendía nada precipitadamente. Era a la vez impetuoso y prudente. Estaba seguro de sí mismo, pero a la conciencia de sus dones, unía una sed insaciable por algo mejor de lo que podía proporcionar. Su ideal era tan exaltado que lo mantenía aprendiendo y expandiéndose. Goethe se sorprendía a menudo, cuando se encontraban después de una separación no muy larga, al ver qué progreso había logrado en el intervalo. Su intelecto estaba bajo el impulso de sus expansiones poéticas alimentadas por sus abundantes impulsos. Su mente se mantenía al rojo vivo. Su naturaleza era seria e incluso severa. Si no había en él deportividad o humor, tampoco había pequeñez. Su amor por la fama era fuerte, pero trató de conseguirla con

grandes trabajos.

El intelecto de Schiller era amplio y masivo, no sutil ni penetrante. Por lo tanto, con todo su material de simpatía y pasión innata, con el que energizó y diversificó sus personajes, carecen de individualidad y compacidad. En el más acabado hay un cierto vacío. No es tanto que no se diferencien lo suficiente unos de otros, ya que cada uno de ellos no está estrechamente unido a sí mismo, como en Shakespeare y Goethe. Schiller no era el pensador más escrupuloso y detallado, y desde allí, al crear los personajes, no podía interpenetrar por completo el animal y la vitalidad sentimental con el intelectual, interpenetración que debe darse para que cada personaje tenga su existencia definitiva, balanceada y vivaz. Tampoco la acción en sus estructuras dramáticas está siempre ligada a la cadena lógica más severa. Schiller no era un poeta del más alto orden; él no era profético, no era un vates. No entregó verdades, ni encarnó la belleza en creaciones, tan por encima del estándar de su época que tienen que esperar a una cultura superior para que se valoren plenamente. Sus generalizaciones no tienen la brillantez inmarcesible que esas verdades que se forjan en la mina de la emoción por la acción más intensa de la razón. Entre su intelecto y su sensibilidad no existía ese acuerdo perfecto que hace que el vástago de su unión sea a la vez voraz e ideal, y elástico por la compacidad de sus componentes. Su comprensión del intelecto no era tan fuerte como su oscilación imaginativa.

Cuando el yeso fue puesto por primera vez en mis manos, lo primero que me llamó la atención fue la falta de prominencia en la parte superior de la frente. Hablando de su temprana fuga de Wurtemberg, Schiller describe la alegría que sintió al tener de allí en adelante, algún otro amo que el público. Para un joven poeta ardiente no podía ser sino una alegría similar a la renovación moral, escapar de la sofocación de la tiranía, deshacerse de un rey de mente estrecha y ponerse cara a cara con la gran multitud.

Pero hay un Tribunal todavía más elevado, por el cual, al final, el Público se gana con más seguridad y permanencia que apelando directamente a sí mismo, el tribunal de la Verdad. A esto y solo esto, el verdadero Artista se siente receptivo. Porque, la función del artista es purificar la sensibilidad de sus semejantes, instruirlos despertando una admiración poética, para purificar su gusto. Con creaciones en armonía con lo absoluto verdadero y hermoso, él desarrolla y cultiva las capacidades estéticas latentes de la masa. Su parte es ser un maestro, no un adulador o un proveedor prosaico. Los grandes artistas siempre están por encima de su público. ¿Se ajustó Shakespeare al juicio común de su época? Tan poco, que ni siquiera el más astuto de sus contemporáneos discernió ni la mitad del significado y el mérito de sus maravillosas creaciones. Él mismo - aislamiento sublime - fue el único de su tiempo que conocía su valor trascendente. Pensar que durante más de un siglo hubo en todo el mundo, solo un hombre que disfrutó por completo de la Tempestad y Lear, que fue capaz de amar completamente a Imogen y Julieta, y que ese hombre

fue Shakespeare. ¿Qué tipo de atractivo para el juicio general de la generación de Charles II fue el Paraíso Perdido? Wordsworth despreciaba al público que se reía de él y habiendo sobrevivido medio siglo sus poemas primeros, tuvo la satisfacción personal de una justicia tardía, su genio fue reconocido por un público más "ilustrado" que el que le había saludado tan fríamente, sus contemporáneos de más tarde lo reverencian como un verdadero Sacerdote al servicio de la Belleza y la Verdad. Tenía que esperar al gusto por el cual fue apreciado. Goethe, mencionando en una carta a Schiller, la venta limitada de uno de sus mejores poemas, Hermann y Dorothea, se consuela añadiendo irónicamente: "ganamos dinero con nuestros libros malos". Y el mismo Schiller, que siempre escribió en pos de un ideal refinado, dice en alguna parte, que la misión del artista es azotar en lugar de someterse al espíritu de su época. Es mucho para un hombre poseer varias cualidades eminentes que lo mantienen en un alto nivel. Schiller, era elevado por su naturaleza poética y su amor por la humanidad. Él no tenía la sensibilidad tan profunda para la verdad. Así, aunque, bajo sus inspiraciones poéticas y generosas, apreciaba y cumplía prácticamente la función del artista, su impulso, cuando se liberaba por primera vez, era hacia la fama. De la misma fuente, es decir, la ausencia de redondez arqueada en la región de la conciencia, inferiría una falta de puntualidad en los compromisos literarios y de otro tipo, y me aventuraría a conjeturar que, al verlo fallar, su amigo Goethe ocasionalmente se molestaría.

Entre las preciosas reliquias estaba la cama sobre la que dormía Schiller, y sobre la cual murió, a la temprana edad de cuarenta y seis años. A menudo, por la noche, metía los pies en una bañera de agua fría, colocada debajo de su escritorio, para mantenerse despierto. Trabajó su cerebro hasta el extremo, y se agotó con el trabajo más noble. Era fácil imaginarlo sentado en su escritorio, con "ojo visionario" y ceño fruncido, elaborando intencionadamente pensamientos que su pluma apretaba con premura, cuando un golpe a la puerta le sacaba un involuntario "*Herein*", levantaba los ojos con una mirada de casi severidad, hacia el interruptor inoportuno; y entonces, de pronto, su semblante se relajaba e iluminaba, cuando la alta figura de Goethe avanzaba por la puerta que se abría, y levantándose, con un movimiento ansioso, saludaba a su amigo con palabras cordiales y apretón de mano. Y la fiebre de su mente se calmaría. El tranquilo poder de Goethe, dueño de sí mismo, lo calmaría sin bajar su tono; y cuando, después de la partida de Goethe, se dispondría nuevamente a su trabajo, sería con la sensación refrescante de alguien que, hacia el final de un día de mediados de verano, acaba de bañarse en el oscuro rincón de una corriente profunda y tranquila. -

Escenas y Pensamiento en Europa, por Calvert. 1852

Traducción ©2017 Ginnevra D.